



A la izquierda, en color, los pescadores, la barca del trabajo, las gentes de la isla, el mar de los confines de España, las playas y la luz de La Graciosa, mínima ínsula canaria. Bajo estas líneas, los barcos que llevan a Lanzarote.



# LA GRACIOSA

## UNA ISLA EN EL CONFIN DE ESPAÑA

**L**A Graciosa, Alegranza, Montaña Clara, Roque del Este y Roque del Oeste son cinco islas minúsculas, olvidadas, tan distantes que forman, sin duda, el confín de España.

De ellas, una sola está verdaderamente habitada, la primera, y en Alegranza el faro y una casa, que en conjunto no llegan a albergar a diez personas, es toda la muestra de vida humana que puede hallarse.

Las tres restantes se encuentran pobladas por las aves marinas y algún que otro lagarto o conejo, que trabajo tienen en buscarse el alimento diario. Sin embargo, pese a su desnudez, pese a que ni un solo árbol se distingue en ellas y apenas alguna chumbera escuálida y la pertinaz «tabaiba» crecen en aquella tierra sedienta y árida, un extraño encanto rodea a las islas, fascina a quien las visita y le obliga a abrir mucho los ojos, asombrado de que en nuestra patria encontremos aún una vida tan sencilla, agradable y libre.

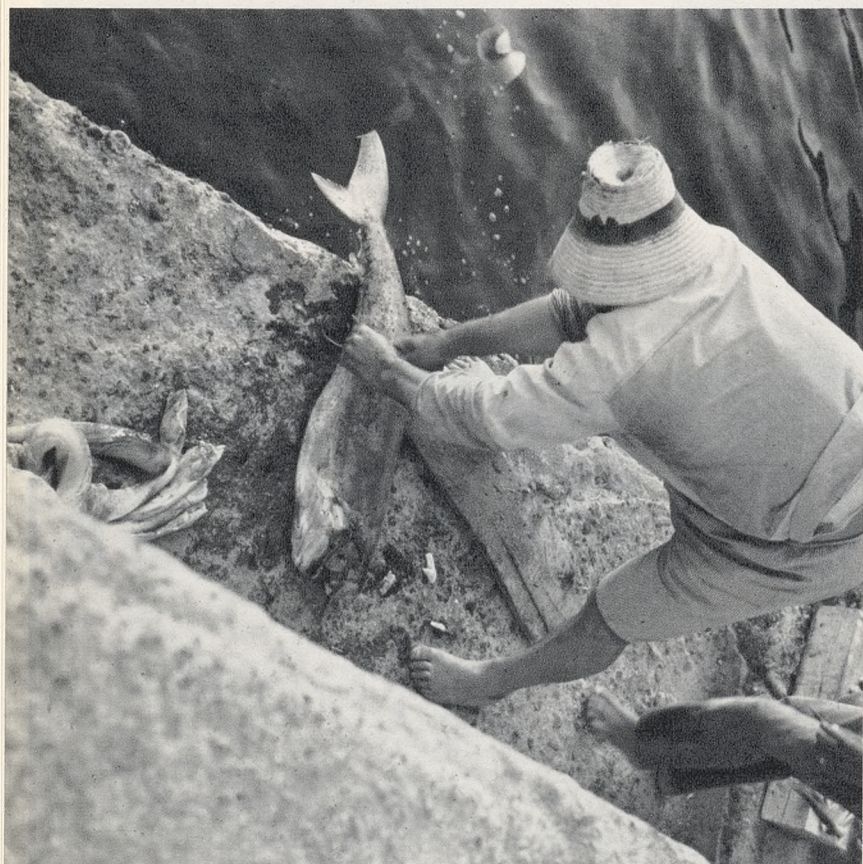
Muy próxima a Lanzarote —de la que la separa un brazo de mar. «El Río» que se podría sin gran dificultad cruzar a nado—, La Graciosa es, sin embargo, un mundo diferente, especial, con otro concepto de la vida, de las costumbres e incluso del futuro.

Y es que no son el mar, ni aun los altos acantilados que se alzan enfrente, lo que hace distinto a los habitantes de La Graciosa;



es una tradición fuertemente arraigada de hombres de mar que no viven más que de él y para él, y que ha hecho que con el transcurso del tiempo se les llegue a conocer por el sobrenombre de «los caballeros pescadores», tal es su fama de honradez, amabilidad y, en particular, su extraordinario amor a la limpieza, que hace que sus barcas, sus ropas e incluso sus útiles de trabajo, se encuentren siempre como dispuestos para una visita oficial.

La Caleta del Sebo, capital de la isla, donde no hay más que otro pueblecito minúsculo también: Pedro Barba, es un conjunto de casitas blancas, cuadradas, relucientes, que se alinean junto a la playa y la pequeña ensenada del muelle, teniendo a sus espaldas un paisaje de auténtico desierto, donde la arena se extiende desde la puerta de las casas hasta el pie mismo de los conos volcánicos que forman las tres únicas alturas de la isla.



Y allí, en aquellos montes oscuros, casi rojizos, la fantasía se desborda tras la leyenda de cofres, de tesoros fabulosos, de grutas ignoradas que albergan fortunas colosales.

Y es que La Graciosa fue en otro tiempo refugio de piratas que permanecían a la espera de los navíos que regresaban de las Américas y tras asaltarlos, volvían a ella, y más de uno enterró aquí sus rapiñas.

## EL MAR

En el pequeño pueblo, el mar y la pesca lo son todo. Desde que tienen apenas uso de razón, los niños no juegan a otra cosa que a barcos, y se les puede ver en la playa, remolcando pequeñas lanchas

La faena del pescado, las claras ropas de la isla, las redes, la aventura cotidiana del trabajo y el mar, en La Graciosa.

# LA GRACIOSA

de juguete o montados en otras mayores que se construyeron ellos mismos con chapa de bidones viejos.

Así están, jugando, hasta que llegue una barca de verdad, no importa si grande o chica, ni quién sea su dueño. Entonces todos acuden a recibirla, ayudan a descargarla, y a vararla en tierra, y las mujeres se reparten la tarea de limpiar el pescado y abrirlo por el centro, para tenderlo al sol, a «jarear»; y este pescado seco, en particular «la vieja», será después muy apreciado en todas las islas, ya que la «vieja sancochada» con mojo picón y papas arrugadas, es uno de los platos típicos canarios.

Así, pues, las mujeres trabajan en conjuntos, se ayudan las unas a las otras, con lo que concluye la tarea en un instante, y esperan después a que llegue la barca de otro cualquiera de los maridos.

Por su parte, los hombres al regreso de la mar, en el atardecer



se sientan en grupo, y fumando las oscuras pipas, comentan las incidencias de la jornada o contemplan en silencio la maravillosa tonalidad del cielo cuando el sol se oculta en el horizonte y el azul se cambia en rojo intenso, rojo que contrasta entonces con el tinte violeta que han tomado entonces los farallones de Lanzarote, allá en Famara y Guatifar, la gran altura que después cae verticalmente hacia el mar, hacia la isla.

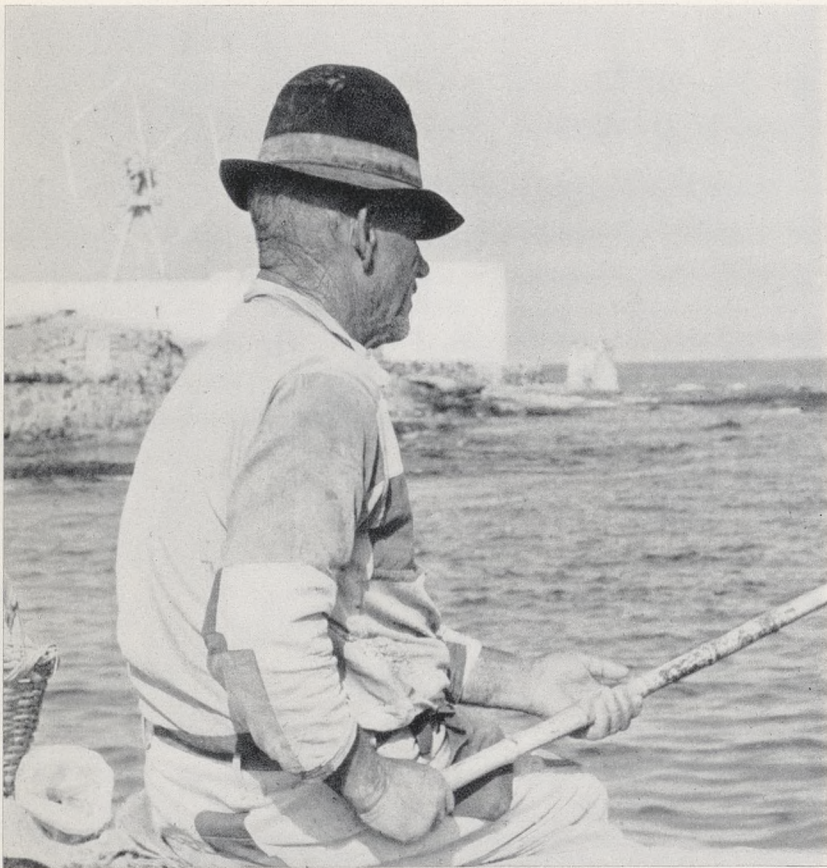
Son estas gentes satisfechas, que viviendo en el más apartado rincón de España, lejos de este siglo, sin agua corriente, ni luz eléctrica, ni ninguno de los adelantos del mundo moderno, poseen sin embargo, cuanto pueden apetecer en su sencilla existencia, y no se advierte entre ellos miseria alguna, porque el mar es pródigo y permite que todos puedan cubrir sus necesidades.

Si un día se da mal la pesca, los hombres no se desesperan; ma-



ñana puede ser mejor o pasado, o la próxima semana. No hay malas cosechas que traerán todo un año de hambre, ni plagas, ni sequías persistentes o lluvias torrenciales. El mal tiempo puede cambiar de improviso, y si no cambia, siempre habrá a un lado u otro de las islas cualquier rincón protegido que brinde algo con que ir pasando la mala racha.

De vez en cuando, la desgracia cae sobre ellos, una barca no regresa. Las mujeres permanecen en el muelle, contemplando ansiosas el horizonte y los hombres salen a la búsqueda de los perdidos. Durante mi estancia allí, una de ellas volcó, y sus ocupantes —dos hermanos— permanecieron durante casi doce horas en el agua, agarrados a un remo, uno de ellos aguantaba por los cabellos al otro, que ya había perdido las fuerzas; pero al fin pudieron ser salvados.



Y una semana más tarde, los hermanos, ya repuestos, se hacen de nuevo al mar, a ganarse el sustento, a recuperar todo lo que han perdido y para conseguirlo, un vecino les ha prestado los aparejos, otro una vela, otro de más allá, los anzuelos y las nasas.

Son una auténtica comunidad de seres hermanados en la alegría y en la tristeza, sencillos y desprendidos, que no aspiran a más de lo que tienen, ni envidian otro género de vida.

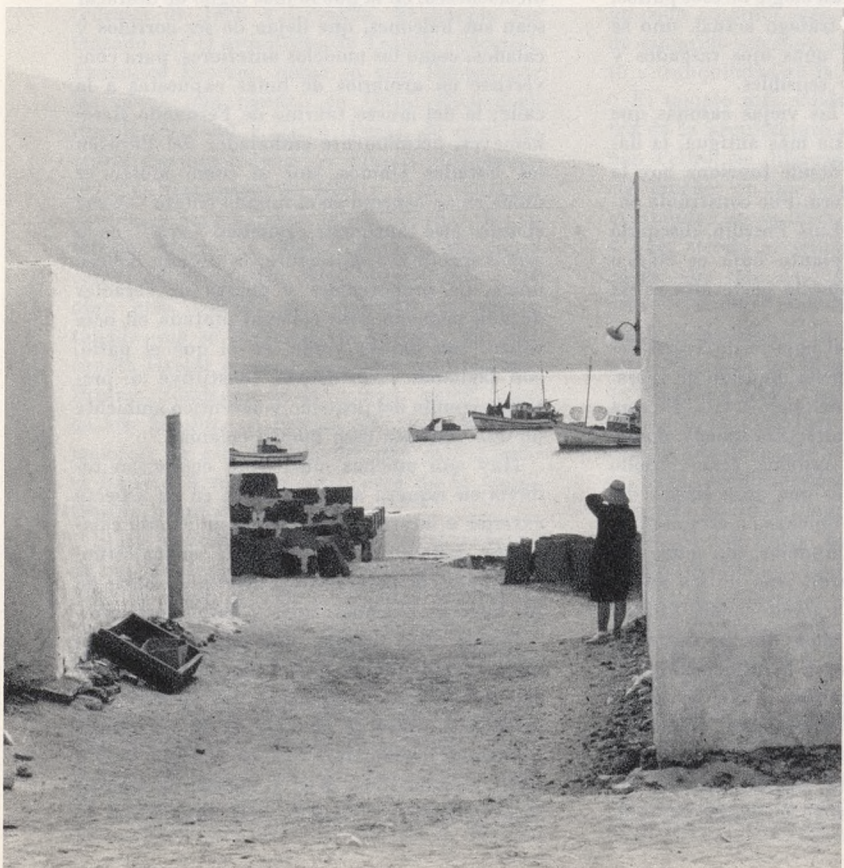
Muchos de ellos no han visto jamás una película, ni saben lo que es un teléfono, ni otras mil cosas semejantes, y en toda la isla no hay más motor que el que, de vez en cuando, carga las baterías de la estación de radio, y se extiende por tanto un silencio y una paz tal por toda ella, que el que tiene el oído acostumbrado a las grandes ciudades cree haber muerto, estar en el paraíso, o haberse quedado sordo de improviso.

**El viejo pescador de caña,  
los tocados canarios,  
los niños de la isla y  
la viñeta pesquera, entre  
el mar y la montaña.**

# LA GRACIOSA

Y allí, entre las casas, aparece de pronto un camello remolón, el único animal, junto a las cabras y alguna que otra gallina, que se puede encontrar en la isla y que se utiliza tanto como animal de carga como de labranza, formando una curiosa estampa esta bestia que nuestra mente relaciona siempre con el desierto, junto a una barca o a una muchacha cargada con una banasta de pescado.

De tanto en tanto, encontramos una casa a medio construir, en la que no se advierte que nadie trabaje. Preguntamos; es el futuro hogar de alguna pareja de novios, pero ahora las obras están paradas. El tiempo es bueno, la mar está en calma, y se puede ir a pescar. Cuando no sea así, cuando el temporal impida que los hombres salgan a la faena, vendrán aquí todos y alegremente, irán alzando la casa poco a poco a medida que sea posible, y los novios han de tener paciencia y esperar a que concluya a su tiempo, pues



siempre es bueno refrenar los ímpetus y asegurarse de que el cariño es sincero.

Tal vez sea por eso que todas las casitas se parecen entre sí: pequeñas, blancas, cuidadas, y como todo, extraordinariamente limpias. No hay una sola en que la cal o la pintura no esté reciente, sin manchones, sin un desconchado, de tal forma que contemplando desde lejos, desde las altas cumbres de los farallones de Lanzarote, apenas se distingue el pueblo, pues de tan claro, se confunde con la amarilla arena, arena del desierto que el viento trajo hasta aquí.

Y es que, a veces, se podría pensar que La Graciosa pertenece tanto a Canarias como al Sahara; es, en realidad, el punto intermedio, el enlace, el único paso entre el Continente y las islas.

Alberto GOMEZ FIGUEROA  
(Fotos del autor)

